

La edad de oro

La Maison Steinitz reivindica la ‘grandeur’ de las artes decorativas francesas.

Jorge Kunitz

Plus qu’une galerie, une philosophie”, es el lema de Steinitz, una galería que hace bandera de la magnificencia francesa en cuestión de artes decorativas. Su sede, a escasos metros de la Place de la Concorde de París, es un “hôtel particulier” cargado de historia que tuvo entre sus ilustres moradores a personajes como Madame de Staël. Su presente está ligado a la familia Steinitz que se ha impuesto como misión difundir la excelencia de la artesanía artística gala. Sus salones hablan de su legendario gusto para la *mise-en-scène*. Una sensación de opulencia embriaga la mirada de quienes les visitan al contemplar un apabullante repertorio de muebles, esculturas y objetos decorativos de los siglos XVI al XIX. Además cuentan con talleres de restauración en los que se afanan una veintena de profesionales, los “compagnons-artisans” (ebanistas, carpinteros, tapiceros, etc), muchos de los cuales fueron entrenados personalmente por Bernard Steinitz, fundador de la casa, a quien llamaban “el Hércules Poirot” de las antigüedades francesas por su don para descubrir objetos extraordinarios. Igual de importante es su departamento de investigación en el que un equipo de historiadores del arte reconstruyen la historia y el pedigrí de las piezas que componen el inventario. Desde 2009 es Benjamin Steinitz, hijo del fundador, quien lleva el timón del negocio que cuenta entre sus clientes con museos como el Louvre, el Metropolitan, el Orsay o el J. Paul Getty. “Lo que nos define es el compromiso con la excelencia”, nos dice el anticuario parisino, que este mes expone en la feria TEFAF Maastricht.

“Mi particular admiración por Serge Gainsbourg me impulsó a hacer una adquisición que, en última instancia, se reveló como una interesante contribución a la preservación cultural”, nos descubre Benjamin Steinitz. “Al haber nacido yo mismo en una familia afectada por los traumáticos acontecimientos de la historia rusa y polaca, sentí una particular conexión con Gainsbourg, al que configuraron agitaciones históricas similares, como los pogromos. Esta historia compartida fue el telón de fondo de mi admiración por sus talentos, tanto musicales, como cantante, compositor y poeta, hasta su faceta menos conocida pero igualmente admirable como artista. Fue en este contexto que me topé con la última pintura conocida de sus años formativos, que él había regalado a Juliette Greco. Mi familia y yo decidimos adquirirla, no por interés comercial, sino como tributo al legado de Gainsbourg. Y como gesto simbólico de agradecimiento por sus contribuciones a las artes, decidimos cederla a la Maison Gainsbourg, donde ahora ocupa un lugar destacado.”

Su padre, Bernard Steinitz, fundó la galería en 1968, ¿cuáles son sus primeros recuerdos del negocio familiar? Él ocupa un lugar especial en mi corazón, un sentimiento que no atenúa el amor y devoción que siento por mi madre, sino que subraya la profunda influencia que mi padre ha ejercido sobre mí. Su ejemplo no sólo ha configurado mi identidad actual, sino que también me ha inculcado una filosofía y una visión de la vida que me sigue influyendo. Crecer a su lado, me imbuyó no solo de su confianza y fe, sino también de la resiliencia y determinación necesarias para afrontar los desafíos de la vida. Su espíritu, forjado en el crisol de sus experiencias como superviviente de la Segunda Guerra Mundial, me sirvió como un faro de

«Nos define el compromiso con la excelencia»

esperanza e inspiración, enseñándome a mostrar entusiasmo por la vida pese a la adversidad. De hecho, fue a través de su fervor por las artes decorativas como aprendí a apreciar la belleza del mundo que me rodea y a encarar la vida con autenticidad y con un propósito. Su legado sigue vivo en el espíritu de nuestra

galería, donde cada pieza refleja no sólo la maestría artística sino también un sincero aprecio por el espíritu humano. A mis 53 años, soy consciente de la marca indeleble que mi padre ha dejado en mi trayectoria personal. En cada pincelada de un cuadro y en cada detalle intrincadamente tallado de un mueble, veo ecos de su sabiduría y su amor por la vida. Sus enseñanzas me hicieron comprender el verdadero valor del arte y el impacto que éste puede tener en nuestras vidas.

¿Cómo ha evolucionado la profesión desde que empezara su padre? Sin duda, el paso del tiempo ha marcado el comienzo de profundas transformaciones, lo que hace que sea una tarea casi imposible determinar la trayectoria exacta de la evolución. Sin embargo, si profundizamos en la historia, particularmente en el convulso periodo de la década de 1960, se nos aparece un mundo radicalmente diferente del actual. Hoy lidiamos con grandes tensiones sociales de proporciones globales, en ningún lugar más palpables que en el complejo tapiz de Europa. La mano omnipresente del Estado en nuestros asuntos cotidianos, sirve de recordatorio de la compleja interacción entre el gobierno y el pueblo. Fue durante los años 80 cuando mis padres, a pesar de sus orígenes humildes, alcanzaron renombre como anticuarios. En aquella época, existía un entusiasmo palpable entre un amplio espectro de aficionados y coleccionistas. Todos estaban ansiosos por adquirir piezas de artes decorativas para adornar sus hogares y embellecer sus vidas. Sin embargo, a medida que las





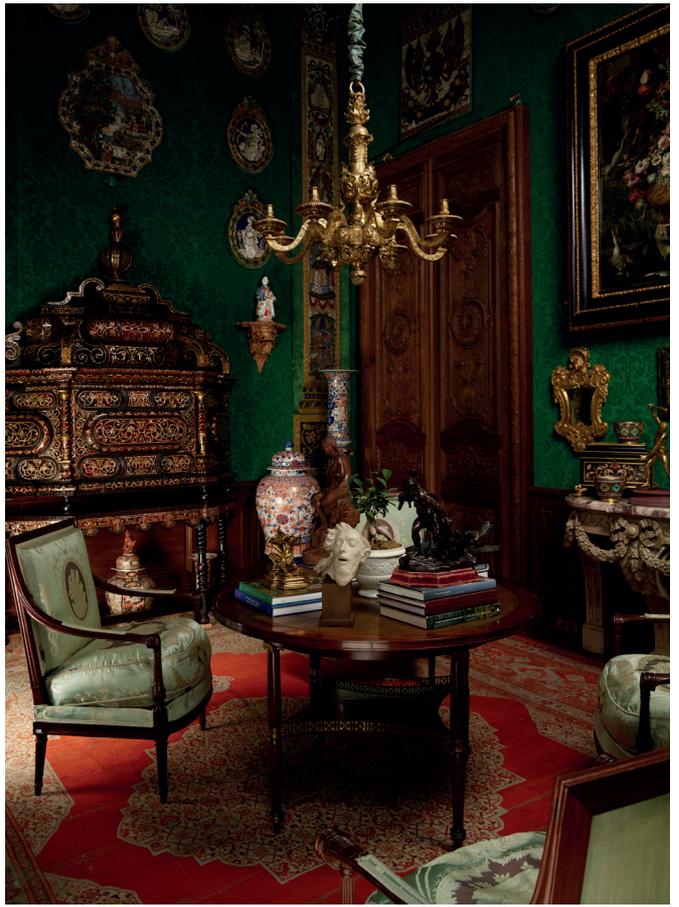
arenas del tiempo continuaron moviéndose, también lo hizo el panorama artístico, dando inicio a una era marcada por un enfoque más perspicaz e introspectivo entre los coleccionistas.

¿En qué lo detecta? Hay un creciente interés por adquirir conocimientos. De hecho, alentar a los clientes a embarcarse en un viaje de aprendizaje continuo es de suma importancia para captar los matices de la artesanía, la calidad y la autenticidad inherentes a las obras de arte. Hoy en día, nuestra comprensión colectiva se beneficia de las contribuciones que han hecho historiadores, conservadores y académicos, cuyos estudios han iluminado facetas antes oscuras de la historia del arte. Figuras como Bernard von Rosenberg, cuyo legado fue resucitado por eruditos como Monsieur Barelli en 1956, simbolizan el poder transformador de la investigación académica.

¿Qué le llevó a especializarse en el siglo XVIII francés? ¿qué pieza simbolizaría su pasión por este periodo? Ciertamente, escoger una única pieza de nuestra amplia colección es como navegar por un laberinto de opciones. Hablaría, por ejemplo, de la emoción que sentí al adquirir un magnífico jarrón que data aproximadamente de 1805 y procede de la prestigiosa colección Stroganov. En él se conjuga la exquisita artesanía y el valor histórico que es lo que define la oferta de nuestra galería. Lo que más me motiva es el poder transformador del arte, que trasciende las fronteras temporales y los gustos estéticos. Ya sea un artefacto meticulosamente elaborado del siglo XVIII o una reliquia impregnada de la historia del XVII, todos ocupan un lugar único en mi corazón. Aunque estamos especializados principalmente en arte francés dieciochesco, no me limito estrictamente a una época o estilo concreto sino que siento un compromiso con la búsqueda del conocimiento y las diversas expresiones de creatividad artística. Más que un mero coleccionista, me considero un defensor del valor duradero del arte y la alegría que se deriva del aprendizaje y el descubrimiento. Aspiro a encender una llama de pasión similar en los demás, fomentando su aprecio por la belleza y la riqueza que nos brinda el arte. Pues el arte, en sus innumerables formas, encarna la esencia misma de la creatividad y la expresión humana.

¿De qué manera contribuyen a salvaguardar la tradición artesanal francesa? Esta pregunta es fundamental para comprender la misión de nuestra galería. La espina dorsal de nuestro proyecto es el compromiso con la preservación y celebración de la ilustre tradición de la artesanía artística de Francia, con un foco particular, como he dicho antes, sobre el siglo XVIII. Precisamente, el encanto de ese periodo reside en que fue un imán para una gran cantidad de artesanos excepcionalmente talentosos que acudieron en masa a Francia. Por encargo de las cortes reales y figuras como Madame de Pompadour y Madame du Barry, estos artesanos perfeccionaron su oficio hasta alcanzar niveles de maestría sin precedentes. En nuestra galería, les rendimos homenaje escogiendo las piezas más extraordinarias e históricamente significativas de





esta edad dorada. Por encima de todo abogamos por la autenticidad y la calidad sin concesiones. En vez de ceder a tendencias efímeras o presiones comerciales, defendemos las virtudes eternas de la artesanía francesa en su apogeo. Queremos ofrecer a nuestra clientela piezas que no solo sean un ejemplo de artesanía sin parangón sino que también posean valor histórico y artístico. Aunque reconocemos el atractivo del arte moderno y la dinámica escena del arte contemporáneo, apostamos por fomentar el aprecio por la belleza duradera y la maestría de la artesanía del siglo XVIII. Pero nuestras responsabilidades van más allá. Nos sentimos custodios de estas obras de arte que nos han sido confiadas con el deber de garantizar su conservación para la posteridad. Nos esforzamos por salvaguardar estos valiosos artefactos culturales, ayudándoles a resistir los estragos del tiempo y mantener su esplendor para que las generaciones futuras puedan admirarlos. En esencia, somos un bastión de la artesanía francesa, dedicados a perpetuar el legado de aquellos artesanos visionarios que confeccionaron estos tesoros.

En esta tarea es fundamental contar con un buen equipo Por supuesto, y el nuestro es excepcional. A lo largo de mi carrera he tenido el privilegio de colaborar con grandes profesionales como, por ejemplo, David Langlois, con quien formé una asociación que duró más de dos décadas. Y me enorgullezco de contar en nuestro equipo con veteranos artesanos como Étienne Merlet. Juntos hacemos realidad nuestro compromiso con la excelencia asegurando que cada pieza que presentamos cumple los más altos estándares de calidad y autenticidad.

Háblenos de los descubrimientos inolvidables Desde muy pronto estuve inmerso en el mundo del arte, gracias a los descubrimientos que hacían mis padres. Hay una pieza en concreto que aún recuerdo vívidamente: un majestuoso escritorio que perteneció a Luis XIV y que ahora se exhibe en el museo Metropolitano de Nueva York. A lo largo de los años, he sido sumamente afortunado por desenterrar una multitud de tesoros extraordinarios, gracias a la incansable labor de nuestro equipo. Entre los hallazgos más notables hay un jarrón que se cree que alguna vez adornó la corte de Luis XIV. Hasta su presentación, esta pieza había permanecido envuelta en la oscuridad, un detalle que habla de la importancia que tiene en nuestra profesión la perseverancia y la atención al detalle. Otro descubrimiento inolvidable fue el que hicimos de una obra del maestro ebanista André-Charles Boulle, procedente de la colección de Paul Randon de Boiset, una figura destacada en los círculos artísticos del siglo XVIII. Este mes en la feria TEFAF, presentaremos varias piezas que encarnan nuestra búsqueda de la excelencia, como el jarrón Rogunow, y un par de bustos esculpidos por Robert Leroy. Aunque siento el mayor de los respetos por las casas de subastas, creo que nuestro enfoque es totalmente diferente. Nosotros invertimos mucho tiempo y recursos en restaurar y preservar meticulosamente las obras de arte. A ve-



ces dedicamos incluso meses a la restauración de una única pieza. Por ejemplo, ahora estamos trabajando con una consola en madera sobredorada, un proceso minucioso que tiene como fin preservar su integridad original. En última instancia, nuestro objetivo va más allá de las meras transacciones; se trata de educar a nuestros clientes en el significado histórico y la importancia de respetar las condiciones genuinas de una pieza. Nos empeñamos en cuidar estas obras de arte para que las generaciones futuras puedan apreciarlas y admirarlas.

Entre sus clientes hay museos como el Louvre o el Metropolitan

¿Ha sentido alguna vez una contradicción entre sus facetas de comerciante y coleccionista? Me hace feliz poder compartir mi pasión por el arte con los demás. Y ser testigo del éxito de nuestra galería me llena de orgullo. Nuestra colección no deja de crecer. Recientemente hemos adquirido un busto del escultor napolitano Carrillo, una obra maestra inédita que representa al compositor y director Giovanni Paisiello. Pero en

nuestra galería hay una gran cantidad de tesoros que han acabado convirtiéndose en parte integral de nuestra colección. Por ejemplo, unas cómodas lacadas en rojo, cuya adquisición nos llevó un cuarto de siglo. También unos sillones *Regency*, adornados con originales bordados en hilo plateado, que encarnan la elegancia y sofisticación que son nuestro sello. Entre nuestras incorporaciones más recientes figura un escritorio que fue propiedad del diseñador Hubert de Givenchy. Y si accede a nuestra biblioteca, sus ojos se verán atraídos por una majestuosa araña en cristal de roca, que aporta un toque de grandeza y esplendor al espacio. Me repito pero lo que define a nuestra colección es su compromiso con la autenticidad y la preservación. Cada pieza conserva su carácter e integridad originales, ofreciendo así una mirada cautivadora al pasado que sigue inspirando a todos los que las contemplan.